

# JUEVES CINEMATOGRAFICOS

DE  
El Dia Gráfico

Num. 103

FEBRERO

28-1929



LA RENOMBRADA ESTRELLA POLACA, POLA NEGRI, QUE HA DEJADO LOS ESTUDIOS DE HOLLYWOOD PARA IMPRESIONAR PELICULAS EN EUROPA. BAJO SU DIRECCION



COLLEEN MOORE, EN ESCENA DEL BONITO SELECCIONES GRAN LUMINEROS VERDAGUER, «EL GRAN COMBATE», PROXIMO A ESTRENARSE

WILMA BANKY Y BEN LYON, EN LA PRODUCCION «ESTE ES EL CIELO» DE LOS ARTISTAS ASOCIADOS

LOS CAMPEONES SIERTEN, COMO POCOS, LA ATRACCION DEL ARTE MUDDO. AHORA ES HELEN WILLS, LA CELEBRE TENNISTA, LA QUE HA FIRMADO PARA IMPRESIONAR UNAS CINTAS

LA BELLA HILDA RUCKERT, QUE HA IMPRESIONADO UNA CINTA EN SAINT MORITZ, HACIENDO UNA EXHIBICION DE SU DESTREZA



24  
OOORE, EN BONITO GRAN LU EL GR PROXIMARSE



BEBE DANIELS Y BEN LYON CUYO ENLACE HA CAUSADO SORPRESA EN LOS CENTROS CINEMATOGRAFICOS

M, EN LA CIELO... ADOS

CARMEN BONI E IWAN MOS-  
JUKIN, EN UNA REGOCIJANTE  
ESCENA DEL FILM «EL AYU-  
DANTE DEL ZAR», EN EL QUE  
HACEN UNA CREACION DE  
SUS PAPELES



HE AQUI A RUTH WEYHER, DO-  
MINADA POR LA PASION DEL  
JUEGO, EN UNA ESCENA DE SU  
ULTIMA PRODUCCION, EN LA  
QUE COMPARTI, CON SUZY  
VERNON, LOS PAPELES PRIN-  
CIPALES

«ASFALTO» SE TITULA ESTA PRO-  
DUCCION, EN LA QUE ELSA HELLER  
CONSIGUE UN GRANDIOSO TRIUNFO



## DE MIS RECUERDOS

# En Tahití, tierra de amor y de sol

Una ligera brisa agita dulcemente las palmeras. Sentado en un cómodo balcón de junco a la sombra de un árbol del pan, que me resguarda de los ardientes rayos solares, no obstante ser el invierno indio muy caluroso, hasta el extremo de conducirnos a la indolencia, me encuentro disfrutando de aquella dulce placidez, de aquella calma, sólo turbada por los cantos de miriadas de pintados y raros pájaros que pueblan aquellas selvas. Una hermosa joven indígena, de bronceada piel, me trae agua de coco fresca y mientras la bebo me hace aire con una hoja de palmera. En la lejanía, una música del país toca una antigua melodía. Cierro los ojos y me duermo tranquilamente.

Así es como yo me representaba las islas del Océano Pacífico antes de haber estado en ellas. Cuando la casa Metro - Goldwyn - Mayer me pidió que hiciera un viaje para rodar allá «Sombras blancas» vi el cielo abierto y cogí la ocasión por los cabellos. Había estado en casi todo el mundo, pero no conocía las islas de ensueño del Pacífico. Aquella era para mí una ocasión que ni pintada.

Embargado por la esperanza de vivir nuevas aventuras, despedirme de la familia y salté a bordo del paquebot que había de conducirme. La deliciosa idea que yo tenía formada de la vida indolente de las islas del Pacífico no me abandonó ni un solo momento durante todo el viaje. Tuvimos una magnífica travesía.

La tarde del décimocuarto día de navegación, distinguimos las escarpadas crestas de Tahití. Jamás vi un panorama más bello. Aquello era lo que yo había soñado; más hermoso todavía: atmósfera exótica llena de colorido, panorama suntuoso, luz, sol, mucho sol; para terminar antes; pongan ustedes los adjetivos encomiásticos que más les cuadre y no conseguirán aplicarlos justamente: se quedarán cortos.

Una pintoresca y abigarrada muchedumbre, indígenas en su mayoría, nos esperaba en el muelle para darnos la bienvenida: mis futuros compañeros durante cinco meses. Mi emoción era intensa, me sentía atraído irresistiblemente hacia ellos y deseaba ardentemente trabar conocimiento con aquellas buenas gentes. Les fui presentado y como yo había soñado, no respondieron a aquella prueba de afecto como yo esperaba, sino que la sobrepasaron, mostrándose cordialísimos. M. W. S. Van Dyke, el «metteur en scène», que había llegado en un barco que nos había precedido, vino a mi encuentro y me explicó que la raza de la Polinesia desaparecía rápidamente y que los indígenas que veía sobre el muelle no eran el tipo más hermoso que existía. Era verdad: algún tiempo más tarde, encontramos en los pueblos a alguna distancia Papeete, hermosos ejemplares, tipos magníficos, lo mismo que en ciertas islas vecinas,

Van Dyke me condujo a su hotel y allí combinamos el plan que habíamos de seguir para empezar a trabajar al día siguiente.

El paisaje, visto de cerca, respondió a nuestras necesidades, excepción hecha, desde luego, de los lugares donde los indígenas habían estado ocupados, la semana anterior, en limpiar el pescado. En este país la principal riqueza es la pesca, constituyendo, además, la base de la alimentación. Encontré a las gentes del país muy hospitalarias; era raro el día que no me invitaban a algún banquete. Viven muy bien, ya que no tienen más que coger lo que les hace falta. Comí de todo lo que me sirvieron en el primer banquete. Yo ví cómo preparaban los alimentos y pude sacar en consecuencia que en nuestro régimen alimenticio empleamos muchas cosas que conviene eliminar.

Llovía con bastante frecuencia, pero en Tahití no se le da gran importancia a esto; ni nadie toma precauciones. Cuando llueve se mojan. Cinco minutos más tarde sale un sol esplendente, que lo seca toda y otros cinco minutos después está uno calado de sudor.

Mis sueños con respecto al árbol del pan, no se realizaron más que a medias. Un día en que me encontraba sentado bajo uno de estos árboles, descendió de él un cangrejo que me pellizcó horriblemente en una oreja con uno de sus terribles alicates. No trabé una batalla con un cangrejo: es un animal que no se bate honradamente.

A pesar de todo, hicimos una excelente labor y rodamos con éxito un film magnífico. Tahití, que es una isla de 192 kilómetros de perímetro, posee más de ochenta ríos.

Y puede atestiguar exactamente que existen porque o los he rodeado o he hecho en ellos pescas verdaderamente milagrosas.

Hay también montañas de 7.000 pies de altura, a la mayoría de las cuales he subido.

Alrededor de la isla se encuentran arrecifes y bancos de coral. El coral es un poco más duro que nuestra epidermis. Algo sé de esto, porque una vez traté de romper algunos pedazos con mis piernas cuando la corriente marítima me transportó un día bajo un banco de coral y todo lo que conseguí fué hacerme una serie de heridas.

Hemos tomado muchas fotografías en mitad de las junglas y malezas, donde la vegetación es tan rápida que un sendero abierto hoy, no existe mañana.

Nos era preciso cargar todo nuestro material a espaldas de los indígenas. También traté de que me transportaran a mí, pero me encontraron demasiado pesado...

Nuestra distracción principal, era nadar. Todos los días íbamos a la laguna. Los indígenas pretendían que estaba llena de tiburones, pero siempre tuvimos suerte y volvimos sanos y salvos. Estos indígenas, dedicados muchos de ellos a la pesca de ostras perleras, no tienen un gran cuidado, respecto a los peligros que puedan correr. Se zambullen admirablemente, llegando con el tiempo, a causa de su constante entrenamiento; a permanecer dos o tres minutos bajo el agua. El film que hemos rodado, muestra muchas escenas extraordinariamente curiosas de pesquerías de perlas, que han sido rodadas, como es lógico, con verdaderos pescadores.

¿Aventuras? Nos han ocurrido tantas, que una vez de vuelta a Hollywood, se nos preguntó por qué no habíamos fotografiado todo lo que, según nuestra narración, nos había ocurrido, pues hubiera constituido una historia más bella que el mismo film.

Un día la tempestad echó nuestra barquilla contra un arrecife, donde tuvimos que permanecer ocho mortales horas esperando que amainara el temporal lo suficiente para poder salvarnos.

Yo había calculado que hubiéramos tenido que nadar diez millas marinas para alcanzar la costa, y francamente, no las tenía todas conmigo; no estaba seguro de poder llevar a buen término semejante proeza.

Aquel día no tomamos fotografías y sin embargo, fué el que más arriesgamos la vida.

Tardamos cinco meses en rodar totalmente «Sombras blancas» y, cuando el film estuvo terminado, abandonamos con pena aquella bendita tierra, donde tan buenos ratos pasamos, para volver de nuevo a Hollywood.

MONTE BLUE

### DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 196)



GRETA GARBO  
(Por Anastasio Escolá Galles de Barcelona)

## El objetivo del operador está en todas partes

Imagínense ustedes colgado en un andamio rudimentario a sesenta metros del suelo en disposición de dar vueltas a la manivela de una cámara o agarrado a una aspereza de roca, en los peligrosos macizos del Mont-Blanc con objeto de tomar una vista impresionante de aquella maravilla de la naturaleza, o en un avión, cabeza abajo, o en un globo sin barquilla, dando siempre vueltas a la infatigable manivela, a esos seres audaces que se llaman operadores.

Esto no es más que un botón de muestra, unos cuantos ejemplos, de los peligros que los operadores de cine tienen que afrontar casi diariamente. Los estrellas de cine hasta en las escenas menos peligrosas, están siempre garantizadas contra los accidentes; los fotógrafos, jamás. Entre los numerosos operadores que trabajan diariamente en la confección de films, que luego veis, las más de las veces con admiración, sentados placidamente en una butaca, no hay uno sólo que no haya arriesgado la vida por lo menos un par de veces al año. Llevan todos ellos una vida que seguramente hubiera gustado a muchos aventureros de antaño.

Cuando John Arnold fotografió «El gran desfile», tuvo que colocar su aparato entre dos cargas de dinamita y rodar impasible la manivela durante la explosión. Pero supongamos que la explosión no se hubiera producido como se esperaba, o sea; por la parte superior de la mina: el operador hubiera sido pulverizado.

Arnold, sin embargo, dice que la mayor emoción que sintió en su vida fue cuando fotografió «La brigada de incendios»; en la emocionante escena del incendio. Las llamas le envolvían por momentos.

Percy Hillburn hizo recientemente atar a una vagoneta de montañas rusas para fotografiar con más libertad y seguridad una vertiginosa persecución. En «La tentadora», fotografió la escena de la construcción de una presa, suspendido en un cable que se balanceaba por encima de una profunda garganta.

Max Fabian tuvo que hacer, para «La gran división» una peligrosísima ascensión en el gran desfiladero del Amazonas. Pero el record de las «acrobacias» de montaña, lo detenta Clyde de Vienne, llamado «el camello humano», que rodó una escena en la extremidad de una roca de Yosemite, mientras dos ayudantes le tenían sujeto por los pies para evitar que desapareciera en el abismo.

Durante muchas horas, Douglas Shearer, Sam Wood e Ira Morgan estuvieron suspendidos en el espacio, navegando en un globo esférico, a más de setecientos metros de altura

para filmar «Rookies» (los azules); la gran película que nos ha proporcionado curiosos episodios de la vida militar en la armada americana.

William Daniels corrió grandes pe-

### DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 197)



LON CHANEY EN «MISTER WD»  
(Por Rafael Rubio Casado  
de Barcelona)

ligros filmando los rápidos de «La Piste en 1898», donde estuvo a punto de ahogarse varias veces. El film se desarrolla en el maravilloso escenario de las Montañas Rocosas. En aquel desierto de hielo donde comenzó la formidable avalancha de 1898, el «metteur» hizo que estableciera un campo gigantesco. De Los Angeles, un tren especial de quince vagones Pullman, el tren más largo que se haya formado para una empresa cinematográfica, condujo el material de los operadores y treinta y dos artistas, los principales actores del film. Enorme fue su asombro al ver la amplitud gigantesca de aquel campo de operaciones en donde habían de pasar muchos meses. Además de los miembros de la distribución y del personal técnico, vivieron con ellos tres mil comparas en aquella ciudad improvisada.

En aquella época, John Nickolaus,

actualmente jefe de los laboratorios Metro-Goldwyn-Mayer, no era más que operador y su más grande «escalofrío» le sobrecogió cuando fotografió el incendio del «Equitable life building»: su único punto de apoyo era la cornisa de un edificio de enfrente y esta cornisa estaba cubierta completamente de hielo; pudo sostenerse en ella, gracias a las botas de clavos, especiales para hielo, de que había tenido la precaución de proveerse.

—Las explosiones de dinamita nos asustan gran cosa, decía recientemente Nickolaus, porque tenemos confianza en la destreza de los pirótecnicos pero las balas son algo más peligrosas. En el film de Lon Chaney, titulado «Mientras duerme la ciudad», verdaderas balas pasaban silbando lúgubramente, al lado de Henry Sharp, el operador que impasible, detrás de su aparato, daba vueltas y más vueltas a la manivela.

Es preciso también añadir que los tiradores empleados en estos films son muy hábiles. Buster Keaton, sin embargo, no las tenía todas consigo desde que un día, rodando una batalla — cuando era «cameraman» — las balas de una ametralladora hicieron blanco en las patas de su aparato, destrozándolo.

Cuando Merrit Gerstad filmó la carrera de «Ben-Hur» iba en una plataforma automóvil que precedía inmediatamente a los caballos lanzados a todo galope; hubo momentos en que estuvo a un metro escaso de los caballos cubiertos de espuma y jadeantes. El más leve retraso de su plataforma automóvil suponía su aplastamiento.

Todo lo que antecede demuestra que no todo son trucos en el cine y la necesidad de los operadores de poseer un sistema nervioso perfectamente equilibrado, una maravillosa sangre fría y un don especial para cumplir eficazmente su cometido.

### El galán de Norma

Se acaba de establecer definitivamente que Gilbert Roland no actuará de primer galán para la próxima obra de Norma Talmadge, separando así una pareja de amantes cinescos que ha sido objeto de gran atención por parte del público y la Prensa. Lo más ocurrente del caso, es que Eugene O'Brien ha sido escogido para actuar con Norma. Se recordará que Eugene fue el predecesor de Gilbert en el rol que ahora vuelve a desempeñar.

## ARGUMENTOS DE PELICULAS

# SOMBRAS BLANCAS

Las pequeñas islas diseminadas en el Pacífico, fueron durante mucho tiempo las islas de la felicidad; la naturaleza era pródiga y exuberante en ellas, las había dotado de gigantescas palmeras, cocoteros y bananos cargados de fruto que constituían uno de los principales alimentos de sus moradores. Estos, de costumbres dulces y pacíficas, invertían el tiempo realizando cruceros por aquel proceloso mar, o haciendo inmersiones entre los bancos de coral, y, durante las tardes luminosas, hombres y mujeres se reunían para cantar, como si dieran gracias a Dios por haberles hecho disfrutar de aquellos bienes terrenales de una belleza casi divina. Pero, los pescadores de las islas cuando se sumergían en el fondo del mar, volvían a la superficie cargados de conchas, que tan pronto se abrían dejaban ver en su interior perlas de una rara belleza. La noticia de aquellas maravillosas perlas había llegado hasta el mundo europeo y éste se había precipitado sobre las encantadas islas, por amor al lucro, por el gusto del dinero. La civilización, al abatirse sobre aquellas islas, había llevado consigo toda clase de males, y los desdichados habitantes eran tratados a latigazos, haciendo el alcohol el resto de la obra destructora.

En una de estas islas residía un hombre de negocios, un verdadero rey del comercio, de una bajeza moral espantosa, que no pensaba más que en explotar a los indígenas. Tan pronto como veía una perla, Sebastián, que así se llamaba el «businessman», sacaba un collar de abalorios, una pulsera o un reloj despertador, que cambiaba al incauto pescador por la preciada joya.

Los indígenas, que arriesgaban la vida para sacar estas perlas del fondo del mar, no conocían el precio de las cosas y reían al aceptar como cambalache, esas pueriles mercancías.

Entre los indígenas se hallaba un médico, el doctor Matthew Lloyd, misántropo y alcohólico, que nadie sabía cómo había ido a parar a la isla. El traficante y sus amigos, cuando tomaban el aperitivo en un kiosco cubierto casi en su totalidad por las palmeras, no querían encontrarse cara a cara con el médico; mejor dicho, esquivaban su presencia. Era

porque éste, no cesaba de reprocharles su vergonzosa conducta. Mostrábalos, con frecuencia, las consecuencias de su acción. ¿No habían hecho de estos pueblos, antes dichosos, unos desgraciados con todas las lacras de la civilización y sin ninguna virtud de la misma? ¿No habían aplastado a aquella raza espléndida, con sus vicios y concupiscencias?

Sebastián, el inmundo traficante, poníase furioso al oír diariamente cómo aquel alcohólico censuraba acremente sus ilícitos negocios, y juró alejarlo de allí. Pronto trazó su plan, que puso en ejecución sin tardanza. So pretexto de visitar a un enfermo a bordo de un barco, hizo ir al doctor, al que una vez allí, ligó sólidamente a un mastil; luego desplegaron velas, levaron anclas y lo abandonaron al azar, en pleno oceano. ¿Cuánto tiempo permaneció aquel desdichado a merced de las olas, hasta que pudo librarse de sus ligaduras? Nadie lo ha podido saber y ni él mismo se dió exacta cuenta, pero le pareció una eternidad. Sin embargo, una mañana, asaltada la fragil embarcación por un tifón, fué a estrellarse contra un acantilado y el doctor encontróse sin saber cómo, en la playa de una isla desconocida. Es-

taba muerto de hambre y de fatiga cuando llegó como pudo a la orilla, preguntándose si la isla estaba desierta o habitada. De pronto sus ojos se fijaron con estupor en una cabaña recién construida de la que dedujo que no estaba solo en la isla, que allí había hombres, quizá como él, y sacó fuerzas de flaqueza. Iba por el linderó del bosque, que terminaba en la misma orilla del mar, cuando oyó alegres carcajadas. Avanzó con cautela en la dirección de las voces, separando las ramas y quedándose petrificado ante un espectáculo verdaderamente encantador. En una piscina natural, formada entre unas rocas, en la que se desbordaba bulliciosamente una cascada, vió un grupo de mujeres que se bañaban. Era un espectáculo imprevisto y delicioso ver cómo todas aquellas jóvenes náyades, miraban en el agua sus cuerpos estatuarios, que tenían el color del bronce. Tan pronto como vieron al intruso huyeron, ya que Matthew, por las fatigas y privaciones estaba desfigurado y distaba mucho de tener la cara de hombre de la isla. Una de las jóvenes, que estaba recostada entre las flores, desapareció lanzando un grito.

Aquel grito fué oído por las gentes de la isla, que acudieron presurosas. Todos hicieron círculo alrededor del naufrago. El doctor tenía ante sí a una multitud de hombres y mujeres que le miraban con curiosidad, pero sin intención de hacerle daño. Seguramente él era el primer blanco que habían visto en la isla. De pronto, se desplomó el naufrago, de debilidad y de hambre. No bien las gentes de la isla le vieron en tierra, acercáronse para examinarle. ¡Un ser de carne blanca! No podía ser más que un dios. Y, lejos de zaherirle, los indígenas estaban dispuestos a someterse a aquel desconocido que no podía ser más que de origen divino. La bella durmiente que había dado la voz de alarma, fué la que primero se brindó a cuidar al recién venido. Era una joven admirable, de dientes blancos y brillantes, con ojos rebosantes de vida. Llamábase Fayaway y era la hija del jefe. A fuerza de solicitudes y cuidados, consiguió reanimar al moribundo y tan pronto como estuvo restablecido y pudo levantarse, no vió a su alrededor más que protestas de bienvenida. Para

### DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 194)



GLORIA SWANSON  
(Por Francisco Bascall Simó  
de Barcelona)

fiestajar a aquel huésped divinizado, se echó mano de toda la vegetación de la isla que, muy pródiga, daba leche y pan. Se hizo una llamada a la riqueza alimenticia de sus aguas, de sus ostras, de las que los indígenas desdeñaban las perlas, que arrojaban despectivamente por la arena.

En aquella fiesta, el médico no pudo ocultar su admiración por la bella indígena y no solamente sonrió a Fayaway sino que quiso abrazarla tiernamente. Aquello amenazaba acabar mal, porque, la hija del jefe, estaba comprometida. Era preciso para conquistarla que el médico se mostrara digno de semejante belleza. Algunos días más tarde, tuvo la suerte de salvar la vida al hermano de Fayaway; entonces fué cuando le concedieron autorización para que la considerara como cosa suya.

A partir de aquel momento, su vida en la isla fué una serie de hechos encantadores; Fayaway y él no conocieron más que las alegrías naturales. Aprendieron a imitar el canto de los pájaros, pobladores de las selvas y por ellas se perseguían como dos muchachos, persecución que acababa siempre en un dulce y apasionado beso. Pero aquella felicidad era demasiado hermosa para ser duradera y llegó el momento en que el hombre blanco no estaba satisfecho. Un día, como viera el doctor a un indígena tirar una perla como cosa inútil, apresuróse a recogerla y a tasarla en el valor que a aquella diminuta joya se le daba en los países civilizados. Estos indígenas juegan con verdaderas fortunas. ¿Por qué no sacan todo el provecho posible? Y el viejo espíritu de lucro y codicia despertó en el europeo. Desde aquel momento no se ocupó más de Fayaway; no pensó más que en aquellos tesoros perdidos y, un día, no pudiendo más, cediendo a sus bajos instintos, el blanco encendió una hoguera sobre un promontorio para llamar la atención de algún navío que acertara a pasar por aquellas latitudes. El amor a Fayaway le hizo, no obstante, arrepentirse de su acción, y apagó la hoguera. Era demasiado tarde. Un barco divisó la luz y echó el ancla en la bahía algunos días después. Y la fatalidad quiso que aquel navío que había llegado fuera precisamente el de Sebastián, el innoble traficante. Al verle, Matthew Lloyd trató de oponerse a su desembarco; pero el astuto hombre de negocios calculó rápidamente en enorme partido que podría sacar de un país en donde las perlas estaban a puñados. De un tiro de revólver mató al doctor y después no tuvo más tarea que corromper a los indígenas. Allí donde hasta entonces habían residido la paz y la felicidad, se instalaron el odio y el lucro. En la perfumada isla, verdadero paraíso terrenal, empezaron a instalarse almacenes de traficantes y tiendas donde se vendía alcohol. Y Fayaway, vestida de luto, pasaba triste por entre sus antiguos compañeros, que distraían sus ojos ahora tocando el gramófono y fumando cigarrillos...

La edad de oro había desaparecido del único lugar de la tierra donde todavía subsistía...

DESDE PARIS

## La multitud ante la multitud

### La pluralidad cinegráfica

¿El film de King Vidor cuyo interés artístico hizo que se esperara con marcadísimo interés en todas las capitales, había de tener una fría acogida en París?

Es la pregunta que me hacía no sin angustia, al firmar con la Metro-Goldwyn-Mayr el contrato de exclusividad que permite actualmente al «Vieux Colombier» de París pasar por la pantalla uno de los más grandes films proyectados hasta la fecha. Desde que hace dos semanas el contacto ha sido establecido con el público generoso o severo, me felicito al ver que París no será la última gran población que rendirá un homenaje al autor de «La multitud».

Las reacciones, no obstante, de los espectadores, han producido algunas sorpresas no estando exentas en muchos casos de vivacidades. Es un film discutido, se dice; un crítico como Lucien Wahl la ha tratado de mediocre; otro de «tonto»; algunos la han proclamado obra maestra y otros de francamente mala. Un semanario de cine público, con demasiada ligereza, una magnífica escena de la playa, en la que James Murray estaba sola con su «Kulele», diciendo que le causaba un gran asombro, tratando de hacer un chiste de dudoso gusto, que pudiera pertenecer aquel trozo a un film titulado «La multitud»... (El mismo periódico debería haber hecho una reflexión semejante ante una fotografía de «Soledad» en la que pueden verse una infinidad de personas en una feria americana). Confesemos que en general, el intelectual se encuentra un poco sorprendido ante una obra de tamaña naturaleza, auzada hasta la exageración, por su formidabile sencillez. Sencillez real que no se conoce y hasta que quizá no se hubiera querido llevar a aquel extremo. Ningún realismo, ningún medio de asombrar ni por el cuidado de la verdad, ni por la trasposición artística. La vida, traducida con profundidad bajo un gran arte superficial.

Causa una inmensa alegría ver el entusiasmo con que ha sido acogida esta obra, entusiasmo caluroso, o simplemente asombrado; los mejores espectadores de semejante film, son los menos pretenciosos y aun me atrevería a decir los más honrados. Prefiero mucho más a aquellos que pretenden «conocer» el cine. Estos últimos me hacen recordar a aquellos que dicen: ya «conozco la vida». Son antiguos o recientes enamorados de la pantalla, henchidos de ideas que giran todas alrededor de la cinematografía. Aferrados al montaje rápido, a la fusión encadenada y sin intermitencias, el ritmo y la surimpresión,

creo francamente que no son aptos ni están en disposición de amar una cosa bien hecha y bien sentida, sin otros artificios.

Pero, gracias al cielo, el candor y la tontería no asustan a la mayoría a los más sensibles.

Estos, sin haber estudiado nada en escuelas de cinematografía, comprenden mejor al admirar en «La multitud» sin otros comentarios, al hombre que desempeña Charles Muray, y a la mujer, Eleanor Boardmann. Siguen con emoción todas las escenas de la vida cotidiana, cuyo eslabonamiento les lleva sin desconfianza, al sentimiento renovado del destino, de la fatalidad, tema eterno que vamos, partiendo del verbo antiguo, por el silencio de las imágenes.

Luego «La multitud», removiendo las opiniones, o creando una áspera lucha, abre los ojos de todos sobre los caracteres del cine de mañana. El arte que pudiéramos llamar falso, es el de los trucos fotográficos. El verdadero es el de las caras despojadas de maquillajes y afeites, el de los cuerpos en su juego natural, el de las situaciones peligrosas ya sean ridículas o dramáticas. Lo que más hay que admirar es el cine valiente y constante que entiendo por esto, al cine que no vacila en intentar las expresiones más difíciles, la «mise en scene» más resuelta, llevando pocos elementos pero bien humanos, en vez de una masa impresionante y sin alma. «La multitud» abunda en ejemplos de esta clase. La escena de la playa, la del «sleeping» y principalmente la escena del fonógrafo son verdaderas maravillas de concepción y ejecución. ¡Que no se olvide!

La maestría no está, como vulgarmente se cree, en el talento del que maneja las masas. Los antiguos ídolos como los genios de «latón» no son de nuestra época o no deben serlo. Que no se olvide tampoco que el talento necesario para los gestos de efecto, que tanto impresionaba antes, sería ridículo si su empleo se llevara a cabo por los primeros mimos del cine de hoy igual que por los trágicos de «El asesinato del Duque de Guisa». No sea eso que nos vendan la expresión a metros, el gesto a tanto la imagen como todavía hacen algunos actores de positivo valor, en días aciagos. «El cine necesitaba una pureza y saneamiento completamente nuevos».

King Vidor, el joven autor americano, James Murray, cuyo primer film es este (sin olvidar a Boardmann-Vidor esposa del autor) son los que nos han aportado eso, mereciendo por ello nuestra admiración y gratitud.

J. TEDESCO

# Un rato de charla con la bailarina española CONCHITA MONTENEGRO

—¿Qué quiere usted comer, Conchita?

—Espere y le diré lo que es bueno. Gravemente, la cabecita morena de bronceado tono, se inclina para mirar la lista. Esto ocurre en el restaurant del Estudio de Joinville, en un saloncito reservado a las «vedettes». A nuestro lado, reunidos en otra mesa, los intérpretes de «Paris-Girls», lucen trajes según la moda de 1913, acompañados de pelucas de «cabellos largos». Más lejos, M. Rousell, de una elegancia muy moderna, come con uno de sus colaboradores. Y por último, frente a mí, en una mesita junto a un balcón, Conchita.

Viste un traje de noche que deja al descubierto sus brazos y espalda, dándole la apariencia de una niña traviesa que se hubiera puesto un traje de su mamá. Los rizos de sus cabellos negríssimos encuadran un rostro de rasgos infantiles donde, bajo las hermosas cejas y mal velados por unas enormes pestañas, brillan unos ojos de fuego, unos ojos tras los que parece asomar su diabólica sonrisa mefistofélica. Conchita es casi una niña: tiene diez y siete años; es muy bonita y desempeña el papel central de un gran film—«La femme et le Pautin». Hay muchas jóvenes que desearían encontrarse en su lugar...

En un momento, la gran «vedette» encarga una lista colosal de platos para los dos, insistiendo con ahínco en que todos sean bien «cumplidos», o mejor: de colosales proporciones.

—Pero, Conchita, ¡por Dios! Nunca volveremos a verla a usted y menos a la hora de comer...

—¡Oh! ¡Si ahora yo casi no como! —dice atacando con brío una tortilla—. Si me hubiera visto usted en España... Todas las tardes, me iba al cine y me compraba una libra de bombones. Miraba la película y comía. Y cuando la película habla terminado, el paquete estaba vacío. ¿Engordar? No, no temo que esto ocurra... Yo engordo, al revés que el resto de los mortales: cuando no como...

Ya está Conchita en trance confidencial. no tengo más que escucharla con deleite ya que su charla es muy amena y pintoresca. Habla impecablemente, sin detenerse ni equivocarse, en un francés perfecto, excelente...

—En Sevilla, estábamos en un colegio mis hermanas y yo. Al mismo tiempo aprendíamos a bailar. Un buen día decidimos presentarnos en público como bailarinas profesionales. ¡Si usted hubiera visto nuestro

debut! El público estaba entusiasmado, nos aplaudía frenéticamente. Yo me divertía como una loca. Luego, vinimos a Francia donde bailamos en Toulouse, Bordeaux, París.— hasta que un día, M. de Baroncelli, me propuso rodar para un film y... heme ya vedette de la pantalla. ¡Ah! es nada!

—Pero oiga, Conchita, ¿qué dice su madre de todo esto?

—¡Mi madre! Pues, que el día en que deje de ser artista, será el más hermoso de su vida. Mientras eso llega, está en el hotel con nosotras, atareada continuamente en arreglar mis trajes... Ya me comprenderá usted... Yo quiero ser una gran vedette, ir a América y ganar mucho dinero. Mi hermana, muchas veces me dice con sorna: «Eres una gran romántica: no quieres más que mucho dinero y mucha comida...»

Y Conchita estalla en una franca y sonora carcajada.

—Todavía no me ha dicho usted, si le gusta París.

—Muchísimo, y sobre todo los almacenes—dice Conchita, con brillante mirada—. Cuando no trabajo, me paso el día fuera de casa, yendo de aquí para allá, y compro... compro... ¿Sabe usted? Yo no soy hipócrita como otras mujeres. Cuando me preguntan qué es lo que me gusta, lo digo sin rodeos. Sí, me gustan, los tejidos bonitos y caros, los hermosos trajes, los autos, las casas, las alhajas... Cuando era chiquita me guardaba, y muchas veces me las ponía, todas las alhajas (¡!) que encontraba: bonitas, feas, verdaderas (de estas, poquíssimas), falsas...

Conchita se interrumpe un momento para pedir una ración doble de café. Luego hablamos del cine.

—Mi sueño dorado sería—dice— tener un «partenaire» guapo, elegante y sobre todo, muy inteligente... Además, querría que no se depilara las cejas—añade con gravedad impropia de su edad—. Un hombre que se depila las cejas, no es hombre. ¡Mis actores preferidos? Ronald Colman y John Gilbert. ¿Qué no daría yo por saber trabajar como ellos!... Una actriz debe procurar siempre trabajar al lado de grandes artistas. Eso exalta y a mi juicio es la única manera de hacer progresos...

Son las dos. Ante unas copitas de licor, encendemos unos cigarrillos que un joven actor vecino de mesa, acaba de ofrecernos...

—Es muy tarde—dice Conchita saboreando el cigarrillo como un fruto prohibido, porque su madre no quiere que fume...— Cuando como sola, lo hago muy deprisa. Hoy hemos charlado mucho. Y a mí me gusta

tanto hablar!.. Venga, haga el favor, vamos a mi camerino; quiero enseñarle mis «pinturas», mis trajes...

De pie ante el espejo que refleja su silueta delgada y robusta, Conchita se alisa los cabellos... y habla sin cesar.

—Mi traje es demasiado escotado, ¿no es verdad? ¡Oh! Al principio tenía vergüenza de «lucir» mis brazos y espalda, y ahora soy yo la que exijo más escote... ¡Vea! mi caja de «maquillaje»; ella será mi compañera de viaje, más tarde, cuando vaya a todos, todos los países del mundo...

—¿Viajar ha dicho? No está mal; pero un buen día, cuando menos lo espere, encontrará a un joven del que se enamorará, y ya no querrá viajar más que para quedarse siempre a su lado...

Algo asombrada, Conchita queda mirándome largo rato antes de responderme.

—¿Si me enamorara? ¡Ah, es verdad, no sé lo que haría... Eso ya lo verá más tarde, cuando sea mayor.

Abandonamos el camerino para ir al Estudio. Mientras nos dirigimos allí, Conchita me habla con animación y entusiasmo de su España, de su querida patria.

—Cuando debutamos, en Madrid y Sevilla, lo hicimos en los mejores teatros. Había un público muy chic, grandes señoras, nobles... Y luego, ¿sabe usted?, cuando iba a esos teatros, todo el mundo me reconocía. Luego...

Abajo, M. de Baroncelli espera, dispuesto para empezar.

—Seguramente le habrá contado la mar de historias—diceme éste—; no es imaginación lo que le falta, no...

—¿Dónde descubrió usted a Conchita, monsieur de Baroncelli?

—En el Olympia, de París, donde la ví bailar. Jackes Feyder ya se había fijado también en ella y si yo no me hubiera apresurado a firmar un contrato con ella para rodar «La femme et le Pautin», seguramente a estas fechas estaría trabajando en la Metro Goldwyn. Y ahora, en secreto. ¿Quiere usted la receta para hacer rabiar un poco a Conchita? Dígame que se parece a Raquel Meller...

Conchita, que ha oído algo, se vuelve con rapidez.

—No; yo no me parezco a esa señora en nada; yo no me parezco más que a mí misma—dice, haciendo un lindo mohín.

Y tiene razón. Con su carita de niña, sus ojos negros y maliciosos y sus labios de mujer. Conchita Montenegro no se parece a nadie...

C. DOBE

# ACTUALIDADES CINEGRAFICAS

## ¿UNA VEDETTE TARTARA?

Antes, las grandes «stars» eran casi todas de procedencia americana. Hoy, los mismos americanos han sentido el ansia de renovar sus productos de su casa, mediante la importación de los extranjeros.

Y a fe mía que han acertado, ya que productos importados son Jannings, Dolores del Río, Lupe Velez, Raquel Torres y otras muchas y muchas que omitimos por no hacer la lista interminable.

La última estrella extranjera admitida es una joven tártara de singular belleza, llamada Anna Vojzik, labradora, ignorante, que no sabía lo que era un cine hasta que un «metteur» la descubrió por casualidad, la hizo rodar un poco, a modo de ensayo, notando, inmediatamente en ella una fotogenia excepcional. Contratóla y hoy ha rodado ya el papel de un nuevo film titulado «El Volga en llamas» donde interpretó con maravillosa realidad y arte exquisito el papel de Fatmá. En pocos meses ha logrado ponerse esta joven al nivel de las demás estrellas...

¡He aquí una aventura de cuento de hadas que a más de una cabecita joven hará soñar!..

## LO QUE HACEN EN AMERICA

Maurice Chevalier rueda para la Paramount, un fonofilm, cuya música está escrita expresamente por Whiting y Robin. En el transcurso de dicho film cantará Chevalier cinco canciones inéditas y tres de su repertorio. Hay que añadir a esto, que la mencionada firma que había contratado a ese artista por doce semanas y un film, acaba de hacerle nuevo contrato por varios años con un sueldo de 10.000 dólares por semana de trabajo.

Harold Lloyd rodará en un nuevo film sonoro que dirigirá Malcolm St-Clair.

Emil Jannings rueda para la Paramount un film bajo la dirección de Lewis Milestone, cuyo título provisional es «Cuento de los Alpes».

## OTRO QUE CAE...

Se anuncia el próximo enlace del notable actor cinegráfico Ivan Mosjoukine, intérprete de «Casanova, el galante aventurero», con la actriz Agnes Petersen, que con él compartió el éxito obtenido por el film «Rojo y negro».

Creemos que ahora va de veras.

## OTRA VICTIMA DEL «VENENO BLANCO»

Hemos sabido con honda pena, que la notabilísima y hermosa Alma Rubens, una de las mujeres más bonitas de la pantalla, acaba de morir víctima de una intoxicación produ-

cida por haber tomado una exagerada dosis de cocaína que su médico de cabecera—un desaprensivo sujeto—, parece, según la Prensa americana, que le proporcionaba haciéndosela pagar a 300 pesetas el gramo.

Se añade todavía, que el susodicho médico no usaba más que ese pro-

Lo que quiere decir que si intenta dar la vuelta al jardín, que tiene un perímetro de 200 metros, tardará, aproximadamente, también, 400 horas o sean 16 días y pico!.. Eso, suponiendo que no haga semana inglesa...

## LOS MAESTROS DE ARMAS NADI Y AYAT

Para filmar «El Torneo» y dar una sensación de verosimilitud a las escenas guerreras y sobre todo a los combates cuerpo a cuerpo, M. Jean Renoir, que dirige la mencionada obra tropezaba con el gran inconveniente de que los susodichos combates se apartaban de la realidad, eran poco movidos y pensó contratar a los dos formidables maestros de armas Aldo Nadi y Félix Ayat, reputados hoy casi como los mejores del mundo. Le era más fácil enseñar a trabajar a estos dos maestros frente al objetivo que enseñar a tirar armas a dos estrellas de la pantalla... y estos dos señores tiran maravillosamente: encienden las cerillas a sablazos, parten una tarjeta de visita de canto, etc., etc.; es decir, que manejan el florete y el sable que es un primor...

En lo de manejar el «sable», hay que confesar, sin embargo, que tienen muchos aventajados imitadores.

## FIN

Leila Hams, una hermosa jovencita con la alternativa de «vedette» actualmente rodando para la M. G. M., se dedica con ardor a la cría y educación de conejitos rusos, a los que dedica una importantísima parte del tiempo.

Los cuida con mimo y parece sentir por ellos un tierno afecto.

No obstante, como alguien le interrogara por qué sentía esta pasión por los conejos, respondió muy seria, nuestra heroína, dejando sentimentalismos a un lado:

—Pues, porque al precio que van adquiriendo las pieles, pronto será para mí un negocio más claro, criará conejos que trabajar en los films... ¡Qué sentimental!..

## El Mago de HOLLYWOOD

## Xavier Cugat o la actividad múltiple

La casa Pathe ha contratado al inspirado violinista y conocido caricaturista, señor Xavier Cugat, para componer la música y el canto de una cinta parlante de ambiente hispano. Cugat está encargado también de preparar los decorados y trajes que se han de emplear en esa obra.

## DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 195)



NEIL HAMILTON  
(Por Rafael Llobart de Barcelona)

cedimiento para curar a los pacientes... ¡Antes Wallace Reid, ahora Alma Rubens!.. Dos valores positivos cinegráficos que el mortal veneno nos ha arrebatado...

## CARRERAS ORIGINALES

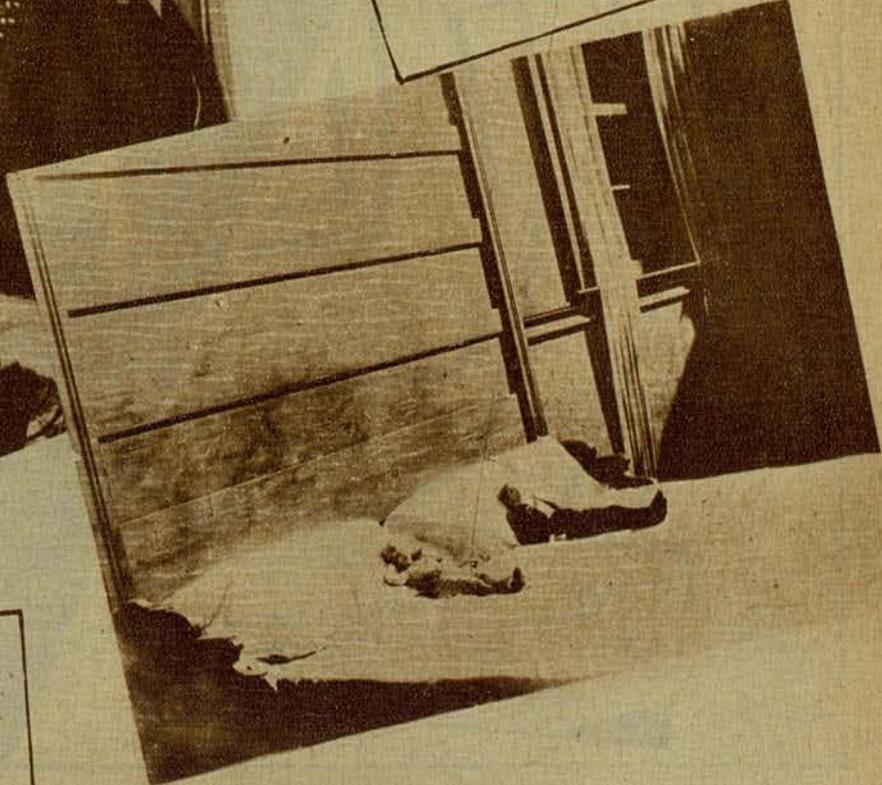
Karl Dane, el inolvidable «Slim» de «El Gran De file», envidioso de la gloria de Ramón Novarro como vencedor en las carreras de velocidad de «Ben-Hur», con su cuádriga, y queriendo emular sus proezas y aun superarlas pero... a la inversa, hizo en el jardín de su lengalow una carrera de tortugas para intentar batar el record de lentitud del mundo, ya que los mencionados galápagos tardaron en recorrer 0'50 metros, cerca de una hora...

GLORIA SWANSON Y SU MARIDO  
 EL MARQUÉS HENRY DE LA PA-  
 LAISE CON EL DIRECTOR ERICH  
 VON STROHEIM, DURANTE UNA  
 PRODUCCIÓN DE LA REINA QUE-  
 LIY, ÚLTIMA PELÍCULA DE LA  
 SWANSON, PARA LOS ARTISTAS



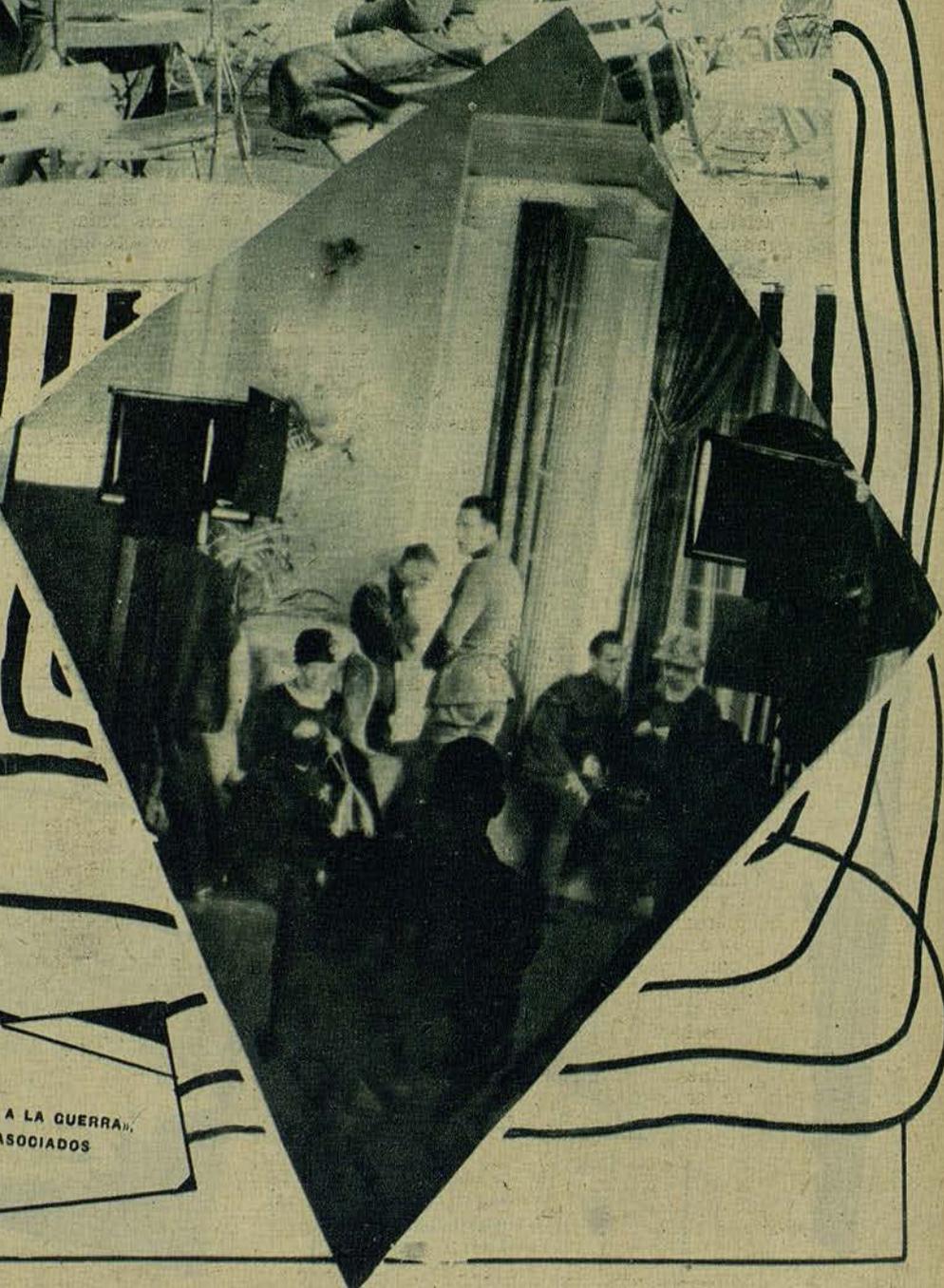
UNA ESCENA DE «EL CORREO DE NAPO-  
 LEÓN» POR LA CONDESA RINA DE LIC-  
 NORO. DE SELECCIONES GAUMONT. DIA-  
 MANTE AZUL

UNA CURIOSA ESCENA, MARAVILLOSAMENTE RE-  
 SUELTA, QUE SE VERA, PROXIMAMENTE, EN UN  
 FILM DE PRODUCCION ALEMANA





UNA INSTANTANEA DE CONSTANCE TALMADGE, EN EL CASINO DE MONTE CARLO POCO DESPUES DE LA TERMINACION DE «VENUS», SU PRIMERA PELICULA PARA LOS ARTISTAS ASOCIADOS



HERMOSA ESCENA DE «SE VA A LA GUERRA», FILM DE LOS ARTISTAS ASOCIADOS

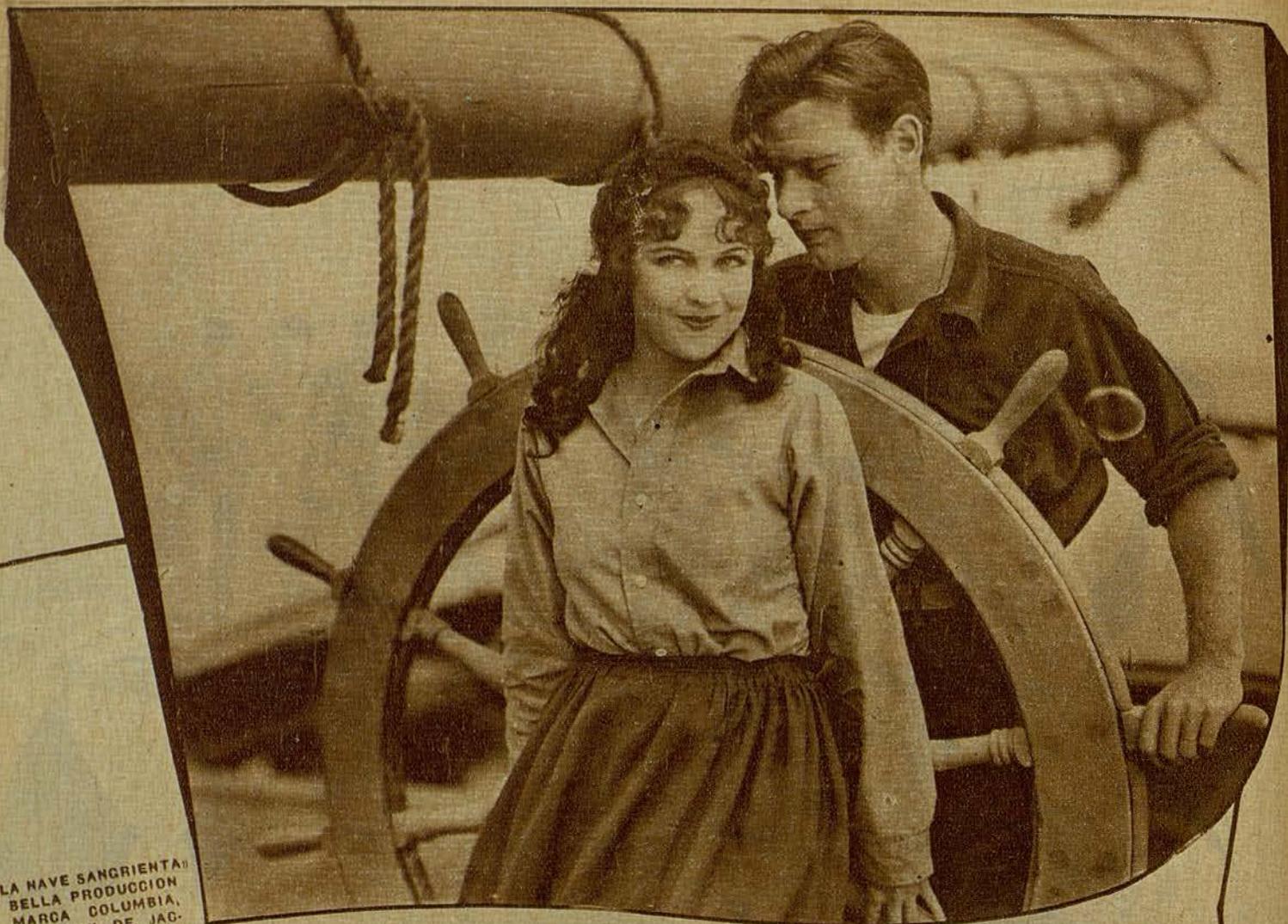
LUIS MERCANTEN, CON SUS AYUDANTES Y OPERADORES, A PUNTO DE IMPRESIONAR ALGUNAS ESCENAS DEL FILM «VENUS», PARA LOS ARTISTAS ASOCIADOS



LILA HAYS, CON SUS CONEJITOS DE ANGORA

GAY SHERIDAN, GUARDA, EN SU FINCA DE LOS ANGELES, UN SEPULCRO QUE DATA DE 1840





«LA HAVE SANGRIENTA»  
BELLA PRODUCCION  
MARCA COLUMBIA,  
CREACION DE JAC-  
QUELINA LOGAN Y  
RICHARD ARLEN



UNA HERMOSA CENA DE «QUIEN ES ELLA?»  
CINTA MARCA COLUMBIA, QUE INTERPRETAN  
ANITA STEWARD, HUNTLY GORDON Y GASTON GLASS